

Trabajo intelectual y capitalismo de época

Adrián Pulleiro

Introducción

Las relaciones sociales capitalistas, y por ende las sociedades capitalistas, se basan en -y expresan en diferentes formas económicas, políticas y culturales- la subordinación del trabajo a la lógica de la reproducción (valoración) del capital. El desarrollo del capitalismo, como modo de organizar la vida social, que supone el proceso global de producción/distribución/ intercambio/ consumo (Marx; 2008: 63), supone la preeminencia del valor de cambio de los objetos por sobre su valor de uso, lo que a su vez, establece la primacía del trabajo abstracto por sobre el trabajo concreto (Marx; 2000: 59). En otras palabras, el desarrollo y la expansión de las relaciones sociales capitalistas supone la subsunción de las cualidades específicas del trabajo (entendido como fuerza social) y de los saberes del trabajador a la dinámica de la producción para el intercambio de mercancías y por tanto a la lógica de la reproducción del capital. De modo que en el capitalismo existe una contradicción estructural entre el carácter social de la producción y el carácter privado de la apropiación del excedente. Es más, la propia producción de bienes y servicios no sólo no estará regida por las necesidades colectivas sino que entrará en contradicción con los derechos mínimos de las mayorías y la continuidad del medio natural. Como plantea el propio Marx, la producción capitalista está regulada y dirigida “según los planes y especulaciones de aquellos que invierten los capitales; y el fin que se proponen con todos estos planes y operaciones es el beneficio. Por lo tanto, la tasa del beneficio no sube, como la renta de la tierra y el salario, con el bienestar de la sociedad y no cae, como aquellos, con el derrumbamiento de esta” (Marx; 2006: 71).

Entendemos al trabajo en tanto proceso creador, y a su vez, como “una condición de existencia del hombre más allá de las formas de sociedad”. Como “una necesidad material eterna para mediar entre la naturaleza y el hombre” (Marx; 2000: 65). Por su parte, el capital debe ser concebido como un producto (que se determina en dinero, mercancías, medios de producción) y a la vez como un proceso continuo de subsunción (explotación) del trabajo, entendido como fuerza social –energía física empleada en la producción que para el capital se vuelve valor de uso y para el trabajador valor de cambio- y como conocimiento. Por eso consideramos que el capitalismo, en su primera fase de desarrollo industrial materializó un claro proceso de expropiación de saberes que independizó de los trabajadores para pasar a materializar en las máquinas-herramientas y reforzó una separación rotunda entre trabajo intelectual y trabajo manual (que el artesanado había reunido), que tuvo su máxima expresión en el modelo taylorista-fordista pero que se irá complejizando e hibridizando crecientemente a raíz de la búsqueda por parte del capital de alimentar el ciclo de su reproducción, potenciando los mecanismos que le permitirían,

fundamentalmente, obtener un plusvalor relativo a partir de lograr una mayor productividad, aplicando diversos avances científicos y tecnológicos y expandiendo la producción mercantil a la esfera cultural. Ese proceso de complejización e hibridación entre las formas del trabajo manual e intelectual, concebido como una etapa particular del avance de la subsunción real del trabajo en el capital adquirirá un estatuto particular en el marco del proceso de reestructuración capitalista que viven nuestras sociedades a partir de mediados de los años ´70, fruto no sólo de la revolución científica técnica y la emergencia de las nuevas tecnologías de la comunicación y la información, sino también de las profundas transformaciones acaecidas al compás de la crisis del estado de Bienestar y el fin de la bipolaridad.

Nuestro propósito en las páginas que siguen es realizar un recorrido por los nudos problemáticos más significativos que plantea el desarrollo de las formas de trabajo intelectual en los marcos del sistema capitalista. Para ello, en un primer momento, expondremos los elementos fundamentales de la perspectiva teórica desde la que enfocamos el problema, para luego realizar un análisis exploratorio de los problemas particulares que la reestructuración capitalista desplegada en las últimas tres décadas genera en dicho campo, poniendo un énfasis especial en las industrias culturales.

1. EL TRABAJO

Como señalamos en la introducción, partimos de una concepción del trabajo como elemento constitutivo de lo humano. Concibiéndolo como proceso creador y como condición de existencia del hombre, más allá de las formas de sociedad. Para reproducir sus condiciones materiales de existencia, es decir las condiciones para la vida material como organismo biológico, el ser humano debe emprender un constante intercambio con su medio natural, ese intercambio es de hecho un proceso productivo al que definimos como *trabajo* (Garnham: 112). No obstante, si bien aparece como una necesidad material, el trabajo estará inserto en cierto tipo de relaciones sociales de producción, por lo tanto es históricamente determinado. Como bien plantea Williams, esta cuestión se hace patente en el desplazamiento del significado dominante del trabajo en las sociedades capitalistas, donde se evidencia un pasaje del trabajo como actividad productiva al trabajo como empleo estable y pagado, es decir como un tipo de relación social (Williams: 316-317).

A partir de este enfoque histórico materialista que busca situar al trabajo en un período determinado y una sociedad dada, partiremos de la idea de que en las sociedades donde predominan las relaciones capitalistas, o sea la producción de bienes y servicios para el intercambio y en virtud de la búsqueda de beneficios por parte de la clase capitalista, el trabajo será un trabajo abstracto, despersonalizado, y el trabajador sufrirá una escisión múltiple: respecto de los medios de producción, del dominio sobre la totalidad del proceso de producción, del producto mismo de su trabajo y del resto de los hombres, con los cuales pasará a relacionarse por medio de los objetos. Objetos que si bien son producto del trabajo humano se presentarán como

portadores de un valor intrínseco. Este proceso, que en el famoso apartado de *El Capital* Marx describe como fetichismo de la mercancía, es la expresión totalizadora de la transformación del trabajo en mero valor de uso para el capital, la mutación de las relaciones humanas como relaciones entre cosas y la forma en que la mercancía se presenta como ajena al trabajo, cuyas propiedades se presentan como propias y como no producto del trabajo humano, opacando la condición del trabajador como productor de la riqueza social.

En otro apartado de *El Capital*, al referirse a la relación de dominación que se desarrolla entre el capital y el trabajo, Marx asegura que:

“Hace su aparición asimismo la mistificación inherente a la relación capitalista. La facultad que el trabajo tiene de conservar el valor se presenta como facultad de autoconservación del capital; la facultad del trabajo de generar valor, como facultad de autovalorización del capital, y en conjunto, y por definición, el trabajo objetivado aparece como si utilizara al trabajo vivo”. (Marx; 1975: 2)

Es aquí donde nos encontramos con el carácter del trabajo como fuente de la creación de valor. A los fines del desarrollo de nuestro trabajo es necesario sintetizar aunque sea esquemáticamente la *teoría del valor trabajo*, teoría que describe una tendencia que más allá de los cambios que se evidencian a lo largo del desarrollo histórico del capitalismo sigue teniendo vigencia y que aparece como uno de los aportes teóricos centrales para abordar los problemas que aquí nos importan respecto de las formas capitalistas del trabajo intelectual.

El trabajo como fuente del valor

Al iniciar el análisis de los fundamentos de la sociedad capitalista Marx parte de su unidad elemental, la mercancía. Al desplegar su método que supone partir de un concreto fenoménico concebido como la concretización histórica de múltiples determinaciones, Marx llegará a plantear que la condición que hace posible el intercambio de los objetos es que son productos de una misma instancia social y que contienen tiempo de trabajo, es decir una determinada magnitud de “tiempo de trabajo socialmente necesario”. La particularidad de la producción capitalista reside en la producción de mercancías, es decir valores de uso que deben ser también valores que se realizan en el intercambio. Ese intercambio sólo es posible en la medida en que se hace abstracción de las particularidades físicas de los objetos y con ellas también de las particularidades del trabajo que lo produjo. Al romperse la relación necesidad/trabajo útil/valor de uso y al producir para otro otro abstracto las relaciones sociales de los hombres con su trabajo y sus productos del trabajo se vuelven opacas tanto en la producción como en la circulación, a diferencia de lo que ocurre en los modos de producción previos (Marx; 2000: 111). Así como los productores no se relacionan sino en el intercambio, los objetos aparecen como con atributos immanentes y no como productos del trabajo.

En definitiva, la teoría del valor trabajo que postula Marx parte de la actividad económica como colectiva y esencialmente social y supone la división social del trabajo en función de la cual los

individuos cumplen tareas complementarias. De modo tal que el valor es un fenómeno social, surge de las relaciones sociales: “es el fruto de las relaciones que se crean entre los hombres en la actividad económica. Y se mide por el tiempo de trabajo productivo que los hombres dedican a la actividad económica” (Singer: 15). Esto se comprende porque el valor es el valor del producto social y el tiempo de trabajo es lo que equipara a los distintos componentes de ese producto, lo que permite su medición objetiva y el intercambio.

Tenemos así la primera consecuencia que se deriva de la teoría del valor trabajo: el hombre es visto como productor social y el trabajo como la fuente que genera la riqueza social. Como esta teoría es una teoría histórica, es decir, da cuenta de un tipo de sociedad en la que el trabajo está organizado según tareas sociales complementarias, analizará el problema del excedente social según la sociedad de la que se trate. En el caso de las sociedades capitalistas, éste deriva de la productividad del trabajo y del costo de reproducción de la fuerza de trabajo (Singer: 28). Concretamente, en las sociedades capitalistas el excedente social, es decir aquellos recursos que no se consumen directamente en la reproducción material de la sociedad, equivale a la plusvalía. Si admitimos con Marx que la plusvalía es equivalente al producto social total menos lo que se gasta en reproducir la fuerza de trabajo (salario + capacitación) más lo que se gasta en materias primas, en el mantenimiento e incorporación de medios de producción y junto con ello asumimos el supuesto de que es el trabajo, como fuerza social, la instancia que produce el valor diremos que la plusvalía aparece como trabajo no pagado por la clase capitalista. Asimismo, habrá que señalar que hay dos maneras de acrecentar la plusvalía: una, aumentando la cantidad de trabajo gastado durante un período sin aumentar la remuneración de la fuerza de trabajo, lo que sería alargar la jornada de trabajo y lograr una mayor plusvalía absoluta; y la otra, que supone mejorar la productividad del trabajo (Singer: 70-71). Como señala Singer, el capitalismo que siguió a la Revolución Industrial del siglo XVIII europeo ratificó la tendencia a, mediante la incorporación de los avances científicos y tecnológicos (trabajo objetivado), incrementar las ganancias a partir de acrecentar la plusvalía relativa, sin que ello signifique que los mecanismos para lograr una mayor plusvalía absoluta hayan sido dejados de lado.

La subsunción real del trabajo en el capital o el modo de producción específicamente capitalista

Marx nos dirá que en el capitalismo el proceso de trabajo se transforma en el instrumento del proceso de valorización del capital, en el instrumento de la creación de valor, que en las condiciones capitalistas supone la creación de plusvalía. O sea, el trabajo –en tanto fuerza social productiva- se constituye como el proceso que permite no ya producir bienes de uso en función de necesidades sociales, sino bienes de cambio en función de las necesidades del capital de autorrealizarse en el intercambio. El capital es un proceso de explotación de trabajo ajeno y por ende una relación social caracterizada por el antagonismo: el capitalista se presenta enfrentado al trabajador como mero poseedor de capital, comprador de fuerza de trabajo y dirigente del proceso productivo, el trabajador se le presenta al capitalista como vendedor de fuerza de trabajo.

El propio Marx llama la atención sobre el cambio histórico que la subsunción del trabajo en el capital supone en términos de relaciones sociales de producción en cuanto a lo que se daba, por ejemplo, en el artesanado, donde el organizador y dirigente del proceso productivo era el “maestro” –es decir, quien tenía el conocimiento del proceso productivo en su conjunto, además de poseer los instrumentos- y la producción era vendida a un cliente concreto (Marx; 1975).

Históricamente, lo primero que hará el capital es subordinar procesos laborales preexistentes, tal es el caso del trabajo artesanal o del tipo que corresponde a la producción agrícola de la economía campesina autónoma. En este caso, con Marx hablaremos en términos de una *subsunción formal* del trabajo en el capital, allí no habrá grandes modificaciones respecto a la actividad del trabajador, salvo, claro está, su nueva condición de asalariado¹. A su vez, en este marco, para acrecentar la plusvalía el capitalista deberá recurrir a una mayor productividad del trabajo extendiendo el tiempo físico trabajado por los trabajadores. Pero, siguiendo a Marx, lo propio del capitalismo es modificar los procesos y revolucionar los instrumentos de trabajo para acrecentar la plusvalía más allá de la cantidad de horas trabajadas, tendiendo a producir más en igual cantidad de tiempo. Esto supone un proceso de expropiación constante del conocimiento del trabajador, la incorporación creciente de los avances científico técnicos a la producción y su objetivación en nuevos instrumentos y métodos de trabajo. Llegamos así a la subsunción real del trabajo en el capital, que supone un determinado nivel de acumulación y centralización del capital, la concentración de grandes grupos humanos y la mayor cooperación en el trabajo. Del mismo modo, que la subsunción formal precede a la real, esta segunda forma permite expandir la subsunción formal a otras áreas, que a su vez el capital tenderá a subsumir bajo el nuevo carácter, ciclo que se da indefinidamente.

En ese proceso el capital subordina cada vez más dimensiones de lo social y la ciencia se transforma en un factor clave para el desarrollo de las fuerzas productivas e incluso para estructurar los procesos mismos de trabajo². Es una dinámica caracterizada por la creciente expansión del capital sobre diversas esferas sociales y por la tendencia a incrementar la incorporación (subsunción) de diversas capas de la población que venían manteniendo una relación más mediada con la producción, nos referimos a profesionales técnicos e intelectuales que tienden a ser incorporados con roles organizativos y operativos a la producción material misma. Si la preeminencia del capital en las relaciones sociales supone (en función de un capital que para realizarse, es decir, existir como tal, debe incrementarse) transformar al trabajador-productor en medio de producción y hacer de la producción un fin es sí mismo, estamos ante la

¹ En el modo de producción mismo no se verifica aún ninguna diferencia, en esta etapa. El proceso laboral, desde el punto de vista tecnológico, se efectúa exactamente como antes, sólo que ahora como proceso laboral subordinado al capital (...) se desarrollan 1) una relación económica de hegemonía y subordinación, puesto que es el capitalista quien consume la capacidad de trabajo, y por tanto la vigila y dirige; 2) una gran continuidad e intensidad del trabajo y una economía mayor en el empleo de las condiciones de trabajo (Marx; 1975: 5).

² En relación a este tema repasaremos en su momento parte de las discusiones generadas en relación a la tesis de la ciencia como principal fuerza productiva y la cuestión de la vigencia de la teoría del valor trabajo.

necesidad que tiene la clase capitalista de desarrollar las fuerzas productivas indefinidamente y de expandir las relaciones sociales mercantiles a todos los rincones del planeta y a todas las actividades sociales, necesidad propia del capitalismo en todas sus épocas pero expresada en una tendencia que se potencia en nuestros días³.

Es en este punto que es necesario remarcar otro aspecto de la relación capital-trabajo que se establece en la sociedades burguesas y que tiene que ver con la manera en que el trabajo necesariamente tiende a complejizarse y por ende a socializarse, elemento que sigue siendo la contradicción básica de estas sociedades en la medida en que la apropiación del excedente (plusvalía) es privada y cada vez está más concentrada.

Las condiciones capitalistas del trabajo intelectual

La separación entre *trabajo intelectual* (como actividad desarrollada en el plano simbólico en general y, en particular, en torno a las expresiones artísticas, la narrativa y la producción de conocimiento) y *trabajo manual* es anterior al capitalismo. Como plantea Bauman, la aparición de elites intelectuales, incluso en sociedades no complejas, tiene que ver con las incapacidades del conjunto para dar respuesta o comprender determinados fenómenos que no pueden ser controlados (Bauman; 2005). Históricamente, podemos remitirnos a la manera en que la división entre trabajo manual e intelectual fundamenta el modo de producción esclavista y el desarrollo de la cultura de la Grecia Antigua. Asimismo, en relación a la historia de occidente, vale la pena mencionar la forma en que, durante la Edad Media europea, la producción legítima de conocimiento, su almacenamiento y su transmisión está monopolizada entre los llamados *clerics*. Pero también es necesario dar cuenta del proceso que se inicia con el Renacimiento hacia el siglo XVI en la Europa central, que comenzó a proyectar una nueva figura social expresada por el genio creador, es decir la emergencia del artista individual que, en el marco de relaciones sociales específicas (como las que se establecen con los mecenas monárquicos o religiosos) comienza a despegarse del conjunto de su comunidad. Figura que va a adquirir toda su dimensión social a partir de la consolidación de la sociedad burguesa, la incipiente expansión del mercado cultural y el auge del liberalismo como doctrina política en los siglos posteriores.

Yendo un paso más allá, la separación entre trabajo manual y trabajo intelectual adquirirá en las sociedades capitalistas una forma específica porque tal escisión se da originariamente no sólo a

³ En palabras de Marx: *“La producción por la producción” -la producción como fin en sí misma- ya entra en escena por cierto con la subsunción formal del trabajo en el capital, no bien el fin inmediato de la producción llega a ser, en general, producir una plusvalía lo más grande y lo más abundante posible, no bien el valor de cambio del producto llega a ser el fin decisivo. Con todo, esta tendencia inmanente de la relación capitalista no se realiza de manera adecuada -y no se convierte en una condición necesaria incluso desde el ángulo tecnológico- hasta tanto no se haya desarrollado el modo de producción específicamente capitalista y con él la subsunción real del trabajo en el capital. (Marx; 1975:13)*

nivel macrosocial, sino también en el propio proceso productivo. Tal como venimos señalando, el capital aliena el trabajo manual al impedirle el dominio sobre el proceso productivo, impidiéndole al trabajador utilizar toda su capacidad mental, pero también va a alienar el trabajo intelectual, que pierde la capacidad de actuar sobre los instrumentos productivos y los objetos del trabajo, limitando fuertemente las posibilidades de la actividad creativa (Bolaño; 1999: 43).

La subordinación del trabajo intelectual por parte del capital es históricamente específica y hay que enmarcarla en procesos sociales conflictivos y correlaciones de fuerza. Por un lado, en las sociedades más complejas hacia el siglo XIX el desarrollo de ciertas técnicas de reproducibilidad y de un mercado de consumo cultural más amplio, junto con la expansión y consolidación de la educación escolar y de instituciones académico-científicas, constituirán un marco de cierta autonomía para la producción cultural (la ciencia, el arte, la literatura, etc.). Con sus reglas de funcionamiento y sus instancias de consagración propias, esas esferas funcionarán como campos de producción relativamente autónomos respecto de los poderes económicos, religiosos y políticos (Bourdieu; 2002). El proceso de conformación del campo intelectual en las sociedades capitalistas no niega la tendencia a la subsunción real del trabajo en el capital, que supone –como ya dijimos- la incorporación creciente de avances científicos y tecnológicos al proceso productivo y el avance en la subordinación de diversas esferas y actividades a la lógica del capital, sino que ratifica el carácter conflictivo de la relación entre capital y trabajo, y más específicamente entre capital y trabajo intelectual. Esta especificidad se explica a raíz de los rasgos que mantienen los productos culturales respecto de la “obra de arte única”, pero también del papel de mediadores que cumplen los intelectuales entre Estado y capital y de estos y las masas⁴ (Bolaño; 1999: 41). En el marco de esa relación conflictiva, y basándonos en los aportes de la economía política de la comunicación y la cultura, observamos que el desarrollo histórico del capitalismo muestra cómo el capital busca crecientemente que el trabajo intelectual contribuya al desarrollo de las fuerzas productivas; que produzca mercancías (culturales), lo que a su vez supone convertir cada vez más actividades improductivas en productivas (Marx; 1975: 13); y, finalmente, se incorpore con su especificidad, pero cada vez con menos mediaciones, al proceso productivo mismo.

De este modo, para continuar el ciclo de su valorización el capital requiere incorporar constantemente los frutos del trabajo intelectual al proceso productivo (moldeando cada vez más los procesos mismos de producción de conocimiento) para producir más en menos tiempo, disminuir el tiempo improductivo y conocer más a los consumidores. De esta manera, por un lado, avanzará en la incorporación –más o menos sin mediaciones- de las actividades intelectuales, y paralelamente, incrementará el peso de las actividades intelectuales en los procesos productivos. En apartado siguiente analizaremos este doble proceso y el salto cualitativo que da en el marco de la reestructuración capitalista de las últimas décadas. Lo que nos interesa explorar aquí, aunque sea sintéticamente, es esa otra dimensión del proceso de subsunción real del trabajo que nos

⁴ Más allá de dónde esté puesto el énfasis, lo cierto es que la producción simbólica requiere aún en la forma específicamente capitalista un tipo de trabajo especial “apenas limitadamente subordinable al aparato técnico y burocrático de la empresa capitalista y del Estado” (Bolaño; 1999: 34).

habla de la expansión de la lógica del capital hacia zonas de la práctica social que hasta hace un par de siglos estaba más asociada otro tipo de criterios, tradiciones e instituciones, o directamente dominadas por los propios individuos (Garnham: 140). Puntualmente, nos referiremos a lo que ocurre con el trabajo intelectual (o más específicamente para el trabajo cultural, en tanto una de sus principales variantes) en el marco de la consolidación de la industrialización de la cultura, concibiéndola como el proceso que da lugar a “la forma específicamente capitalista de producción cultural” (Bolaño; 1999: 41).

Para hablar de la consolidación de esta forma específicamente capitalista de producción cultural habrá que referirse a la confluencia de una serie de aspectos. Por un lado, (la economía política de la comunicación y la cultura se centrará en este elemento) nos encontramos con la maduración de ciertas tecnologías y su repercusión en la expansión de la subordinación del trabajo intelectual y con ello su transformación específica al participar en el proceso de valorización del capital. Por otro lado, al enmarcar este fenómeno en el proceso más general del desarrollo de las relaciones capitalistas, también nos encontramos con la necesidad, por parte de las burguesías, de afinar los mecanismos de legitimación en los marcos de regímenes que incorporaban derechos sociales y políticos de amplios sectores de la población como forma de hacer frente a las luchas obreras y también al nuevo orden mundial surgido luego de la Revolución Rusa y, más aún de la crisis del '29. Es decir, hay que ubicar a la industrialización de la cultura como parte de las transformaciones que implicaron el paso de un capitalismo de libre competencia a otro monopolista, que hacia las primeras décadas del siglo XX daría pie al capitalismo de masas que requería de, y dio lugar a, una cultura de masas.

En ese marco, lo que queremos destacar es cómo en la búsqueda por ampliar las posibilidades de valorización y desplegar nuevas formas de control social, la burguesía consolidará la implementación del taylorismo-fordismo en la producción cultural, ampliando por un lado el mercado de consumo cultural, y por otro sentando las nuevas bases para el trabajo intelectual en el plano de las artes, las letras, la prensa y nuevos medios de comunicación. Un proceso de reconfiguración que estará consolidado en las sociedades capitalistas desarrolladas para mediados del siglo pasado (Zallo; 1992: 11) y que tendrá en la creciente asalarización de los productores culturales a uno de sus rasgos centrales, contrayendo sensiblemente las posibilidades creativas de los productores, aunque nunca en su totalidad (Zallo; 1988: 58).

Como señala Zallo, el proceso de industrialización de la cultura está marcado por la ambigüedad que surge de la confluencia entre la democratización de la recepción cultural y el surgimiento de nuevas formas culturales, por un lado, y todas las “servidumbres” que la irrupción directa del capital en el ámbito de la creación y la producción cultural trae aparejada (Zallo; 1992: 11). Más específicamente, la contradicción estará dada por un tipo de actividad que pasa a tener como condición de posibilidad la valorización del capital, pero en función de un tipo de producto que debe aparecer como innovador, creativo y legítimo.

De esta forma nos encontramos con las particularidades del trabajo que produce esa mercancía cultural y las especificidades de esa misma mercancía. Hacer referencia a esas particularidades no implica perder de vista que las industrias culturales son industrias que tienden a la serialización como modo de aminorar los riesgos e incertidumbres ni que los rasgos de innovación y creatividad que deben hacer aparecer en sus productos no son necesariamente propios de cada mercancía, sino de la producción en su conjunto. En cuanto al tipo de trabajo, la mercancía cultural sigue necesitando un trabajo creativo, que constituye una forma especial del trabajo calificado y que genera un producto que mantiene rasgos de univocidad. Más allá de la reproducción en serie de los productos culturales, cada producto de las industrias de emisión continua (radio, tv), de edición continua (prensa diaria y periódica) o de edición discontinua (cine, libros, etc.) se basa en la elaboración de un prototipo que objetiva trabajo intelectual como factor determinante. Hay un factor principal que atenta contra ese factor de univocidad que conserva la mercancía cultural, ese factor es la implementación de la relación asalariada de trabajo. La asalarización, que se desarrolló más en las industrias continuas, supone la relación jerárquica entre los participantes del proceso de trabajo, la división más o menos fijas de tareas y el cumplimiento de determinados ritmos, elementos que refuerzan la tendencia a la estandarización propia de cualquier rama de la producción mercantil (Zallo; 1988: 52). Junto con ello, la búsqueda por aminorar la incertidumbre de la realización mercantil lleva a poner en pie una serie de procedimientos que tienden a llevar los resultados de la producción al terreno de lo conocido y de lo que provee resultados ya probados. El resultado es la tendencia a acorralar las potencialidades creativas. En el caso de las industrias discontinuas prevalecerán los autores y artistas ya consagrados, mientras que en las industrias de programación continua los riesgos serán asumidos en segmentos acotados para que los resultados provistos por los productos ya probados garanticen una compensación de ganancias en caso de que la innovación fracase.

Por otra parte, las industrias culturales dejarán espacio para “viveros culturales” que le proveerán, sin involucrarse directamente en su desarrollo, una cuota importante de las innovaciones a través de operaciones de descubrimiento e integración. Al mismo tiempo, la tendencia a la concentración de la producción en grandes empresas transnacionales no niega la permanencia de pequeñas empresas que se dedican a segmentos pequeños del mercado, como puede ser la poesía, u determinados géneros musicales, que en ciertas condiciones pueden también pasar a formar parte de los catálogos de las grandes corporaciones (Zallo; 1988: 53-54).

Dicho esto, cabe incluir la perspectiva que propone Marx cuando analiza el avance de la subsunción real del trabajo en términos de la búsqueda por transformar tareas históricamente improductivas (que no participan directamente en el proceso de valorización, es decir no implican trabajo consumido en la reproducción del capital) en trabajo productivo. Al analizar la relación que se establece, por ejemplo, entre un escritor y un librero que le publica su producción para ganar dinero, o entre una cantante y un comerciante que la contrata para montar un espectáculo, Marx considera que “la mayor parte de estos trabajadores, desde el punto de vista de la forma, apenas se subsumen formalmente en el capital: pertenecen a formas de transición” (Marx; 1975: 18).

Siguiendo a Marx, Garnham dirá que a cada modo de producción le corresponderá un tipo de producción intelectual y que sólo comprendiendo la producción material en su forma histórica específica se podrá comprender las características de esa producción intelectual y la interacción entre ambas (Garnham: 108). Desde esta perspectiva, el problema que Marx señala en relación a la creciente inclusión de diversas funciones o actividades creativas en el concepto mismo de trabajo productivo, corresponde a un punto de transición entre los dos momentos que, según propone Garnham, deberíamos tener en cuenta en relación a la producción intelectual en las sociedades capitalistas desde una perspectiva materialista.

Nos referimos a un momento de transición en la medida en que el planteo de Marx expresa un punto intermedio entre una producción intelectual pagada con los excedentes de otro tipo de actividad productiva, a un conjunto de ideólogos que no serán productivos en el sentido antes mencionado, y un tipo de producción cultural estrictamente mercantil donde ya no sólo se trata de la incorporación de cierta actividad cultural al circuito de la valorización, sino que la lógica del capital moldea la producción misma: la posibilidad cierta de reproducir el capital es condición para que dicha producción se lleve a cabo. Mientras que en el primer modo la cultura aparece como un fenómeno que deriva de la producción material no estrictamente cultural, en el segundo la cultura aparece “como parte de la producción material, directamente subordinada a, o al menos en una articulación íntimamente determinada con, las leyes de desarrollo del capital” (Garnham: 125). Uno y otro momento coexisten y se interrelacionan en la producción intelectual como proceso global, pero el segundo momento representa el modo específicamente capitalista de producción cultural.

Por último, lo anterior no niega, como ya señalamos, el nivel de ambivalencia que la producción cultural conserva, pero reconoce una tendencia predominante a limitar la creatividad y la innovación. Asimismo, no supone plantear una relación lineal entre la búsqueda por realizar el capital, la ideología de la clase dominante y el contenido de las mercancías culturales, ni supone descartar la posibilidad de que coexistan formas de producción enteramente mercantiles con otras no capitalistas. Sin embargo, sí ratificamos que la tendencia general es a que la producción cultural sea fuente de excedente económico (plusvalía) y no espacio de destino del excedente proveniente de otras actividades. Al tiempo que si esas formas de producción cultural no capitalistas no se articulan en un proceso de gestación de una nueva cultura popular que se base en criterios no mercantiles tenderá a ser funcional al proceso de valorización del capital, aunque no sean subsumidos de manera total, y a la legitimidad de la cultura dominante (Mattelart y Piemme: 126).

2. TRABAJO INTELECTUAL Y REESTRUCTURACIÓN CAPITALISTA

Si bien, tal como señalamos más arriba, el capitalismo debe ser concebido como un proceso que tiende a una creciente subordinación del trabajo en el capital, en una dinámica que conjuga cantidad y calidad (subsunción formal y real del trabajo), llegados a este punto nos preguntaremos

por las particularidades que presenta en este plano la reestructuración capitalista en marcha desde la década de 1970, en lo que respecta al trabajo intelectual y, más específicamente, en lo que hace al trabajo cultural.

Para avanzar sobre ese interrogante es necesario reconstruir los procesos principales que explican la reestructuración de la estrategia de acumulación⁵ que rigió el sistema capitalista desde la salida de la crisis del '29 hasta mediados de la década de 1970, y junto con ello los principales aspectos de la nueva estrategia de acumulación que se puso en pie. Esto sin perder de vista que las transformaciones efectivamente forjadas en las relaciones sociales capitalistas responden a las relaciones de fuerza entre las clases en un momento histórico determinado y en los respectivos países, donde el Estado Nación sigue jugando un papel crucial en relación a la hegemonía de las clases dominantes.

Por empezar diremos que ese modo de acumulación (que expresa una tendencia predominante en el modo en que se valoriza el capital) predominante hasta mediados de los '70 es parte del desarrollo del capitalismo de las grandes corporaciones multinacionales que producían en serie instaladas en distintos puntos del planeta, y de una forma de Estado benefactor, orientado a garantizar ciertos derechos sociales y encargado de una serie de iniciativas para mantener elevado el nivel de empleo y de demanda. Desde una perspectiva geopolítica, es la etapa del desarrollo capitalista que se corresponde con la bipolaridad; en lo ideológico, es el momento de la hegemonía de la doctrina keynesiana y, en el terreno de la producción simbólica, con la consolidación de la cultura y la comunicación de masas. La crisis y reestructuración de esa estrategia de acumulación tendrá un momento clave hacia 1973, con el fuerte crecimiento de los precios del petróleo y las materias primas y la creciente inestabilidad de los tipos de cambio. Durante esos años las políticas keynesianas –y sus instrumentos fiscales y monetarios para incidir sobre la demanda efectiva- no lograron superar la estanflación (Elías: 316). A esa fase le seguirá el auge de las políticas neoliberales que se materializará en la liberalización de los mercados, la privatización de empresas públicas y la desarticulación de toda una serie de conquistas sociales logradas por los trabajadores. Desde nuestra óptica, es posible definir a dicha reestructuración como un proceso de “ofensiva” de las clases dominantes a escala global que se gesta como respuesta al auge de la movilización popular (no solo en el Tercer Mundo sino también en algunos países centrales), y al ciclo de estancamiento económico combinado con una inflación creciente que –en conjunto- pusieron en cuestión los niveles de productividad y las condiciones para valorizar el capital (Gambina y Campione; 2002).

Como observa Bolaño, el otro elemento determinante para entender las transformaciones producidas a partir de mediados de los '70 en las relaciones sociales capitalistas (que tendrán sus

⁵ “Una estrategia de acumulación define un modelo de crecimiento específico completo con sus varias precondiciones extraeconómicas y esboza una estrategia general apropiada para su realización”. Ésta operaría como un marco para un proceso de acumulación capitalista que integra al conjunto de las fracciones burguesas (Jessop, Bob; *State Theory*. The Pennsylvania State University Press. Pennsylvania. 1990, p. 199, citado en Bonnet; 2008).

dimensiones específicas en el terreno del Estado, la organización de los procesos de trabajo, las industrias culturales y en definitiva en el modo de ejercer la hegemonía) estará vinculado con el desarrollo de la microelectrónica y las nuevas tecnologías de la información y la comunicación.

El viejo capitalismo reorganizado exige el perfeccionamiento constante de los mecanismos de producción, almacenamiento y circulación de la información, tanto para acelerar la rotación del capital y, con eso, facilitar el proceso de acumulación, como para garantizar las condiciones de legitimidad de la dominación que ejerce sobre una masa cada vez mayor de la población mundial" (Bolaño; 1999: 36).

Por un lado, frente a la crisis de los sectores económicos más dinámicos en el período anterior (industria automotriz, construcción, electrónica) habrá que hablar del papel que jugará el desarrollo de las nuevas tecnologías, en tanto sector, para dinamizar una eventual salida de la crisis -basada en la inversión y el impulso de las biotecnologías, la microelectrónica, la informática y las telecomunicaciones (Bolaño; 2005: 45-46). Cosa que también ocurre con el sector de las "industrias creativas", que incluye a las industrias culturales nuevas y tradicionales⁶. Pero, junto con esto, hay que decir que las nuevas tecnologías informacionales son aplicadas a la producción de acuerdo con el nuevo paradigma de producción flexible, permitiendo dirigir la producción hacia segmentos de consumidores restringidos a diferencia del paradigma de masificación del período del fordismo, fenómeno que se traduce en una reducción de puestos de trabajo y en una profunda modificación en la relación capital-trabajo. El nuevo paradigma supone asumir la importancia de los patrones de consumo en la producción misma, lo que implica una creciente imbricación entre trabajo material e inmaterial. Sobre todo en los sectores industriales y de servicios más informatizados, en donde el software, la investigación, el marketing y la publicidad juegan un papel crucial (Antunes; 115). Finalmente, en cuanto a los procesos de organización del trabajo en el marco dado por el paradigma de producción flexible grupos pequeños de trabajadores calificados producen para segmentos específicos de la población productos cada vez más diferenciados, esto tanto en el ámbito de la producción industrial como en el sector servicios (Bolaño; 2005: 46).

Los efectos de esta tendencia son una mayor exclusión y desigualdad en el seno de las sociedades capitalistas y entre los mismos trabajadores. Este nuevo paradigma no sólo repercute a nivel del tipo de empleo que tiende a predominar (menos estable, parcial, tercerizado (Antunes: 109)), sino también en cuanto a que tiende a producir para segmentos minoritarios que tienen garantizado el poder de compra, que, no obstante, al remitir a un mercado global alcanzan como para garantizar niveles importantes de acumulación del capital. A su vez, hay que señalar que el desarrollo de las

⁶ El comercio mundial de bienes y servicios de las denominadas industrias creativas creció un promedio del 8,7% por año de 2000 a 2005, según las cifras aportadas por la Conferencia de Naciones Unidas para el Comercio y el Desarrollo (UNCTAD). Mientras que en 1996 ese flujo comercial fue de 234.800 millones de dólares, en el 2005 ascendió hasta los 445.200 millones. Estas industrias no son sólo culturales, sino que también engloban las áreas del diseño, de la arquitectura, de la moda y los medios electrónicos, entre otros. Los países emergentes cada vez generan más productos creativos, aunque los desarrollados continúan liderando el mercado (Ñ digital 15/1/08).

tecnologías de la información y la comunicación y el avance de la informatización es clave para entender a este proceso de reestructuración como un nuevo impulso en la subsunción del trabajo en el capital y la expansión territorial –y espacial al interior de las propias sociedades- de las relaciones sociales capitalistas. En el mismo sentido, hay que destacar las consecuencias en torno a la subjetividad del trabajador, cuestión que desarrollaremos más adelante.

Reestructuración capitalista: el avance de la subsunción real del trabajo intelectual

Siguiendo a Bolaño podemos decir que estamos ante una tercera Revolución Industrial. El sector de las nuevas tecnologías de la comunicación y la información se torna fundamental no tanto por su condición de rama que reemplaza en cuanto a dinamismo a aquellas que fueron las más importantes en este plano en el paradigma anterior, sino más bien porque constituirán la infraestructura para el nuevo patrón de acumulación y por el impacto que traerá su aplicación en el proceso mismo de producción al permitir un impulso renovado de subsunción del trabajo (Bolaño; 2005: 65). Esto sumado a las consecuencias que su desarrollo traerá al interior del campo intelectual donde permitirá el arribo a un segundo momento de esa tercera Revolución Industrial, materializada en el desarrollo de las biotecnologías que tendrán, a su vez, profundos impactos en la producción de alimentos, materias primas, productos químicos, servicios médicos y con ello en la cultura y la vida cotidiana de amplios sectores de la población⁷ (Bolaño; 2005: 65).

A partir de Marx, Bolaño concibe a la Revolución Industrial –y al capitalismo en sí- como el paso de la subsunción formal a la subsunción real del trabajo en el capital. El primer eslabón de ese proceso se refiere a la incorporación a la producción de la máquina-herramienta, hecho que permite superar la etapa de la manufactura, momento de la mera incorporación “monetaria” del trabajo asalariado al proceso de subsunción en el capital que mantiene los rasgos elementales del artesanado. El segundo eslabón (o segunda Revolución Industrial) implicó el avance de esa subsunción real a la zona de la producción donde todavía se ejercía la manufactura: la producción de máquinas. La aplicación del desarrollo tecnológico y científico para la producción de maquinaria compleja supone un avance en la subsunción del trabajo y la posibilidad de expandir la lógica del capital. Este segundo momento incluye a la etapa fordista-taylorista e impulsa la acumulación capitalista hasta las últimas décadas del siglo XX.

⁷ El caso de nuestro país es sumamente representativo en este sentido, ya que la soja transgénica se ha transformado en la última década en el principal cultivo, generando consecuencias negativas a nivel ambiental y también social puesto que el uso de los herbicidas que garantizan un mayor rendimiento produce diversos tipos de enfermedades a los humanos y atentan contra la fertilidad del suelo, al tiempo que se impone un modelo agrícola sin agricultores donde los actores principales son las empresas transnacionales que venden el paquete biotecnológico (semillas, herbicidas, etc.) y los grandes propietarios de tierras. Todo esto también supone una avanzada sobre las instituciones académicas públicas para adecuar la investigación al modelo biotecnológico (Para este tema ver, por ejemplo, el texto de Tamara Perelmuter y Carla Poth; “Los caminos del conflicto: una mirada retrospectiva del rol del Estado en el modelo biotecnológico agrario”, *Periferias* N° 17, Primer Semestre 2009).

El proceso de reestructuración que aquí nos ocupa, implica que el elemento fundamental del proceso productivo es el desarrollo de las tecnologías de la inteligencia o las TICS. Y junto con ello la tendencia a la disolución de las fronteras férreas entre trabajo manual e intelectual, manifiesta en un nuevo impulso en el proceso de subsunción del trabajo intelectual en el capital y en la intelectualización del trabajo manual en las áreas más desarrolladas (Bolaño; 2005: 48).

Tal como ya señalamos, la separación entre trabajo intelectual y manual no comienza con el capitalismo, pero se da en éste de manera particular. Por un lado, la manufactura y la industria destruyen la autonomía del trabajador propia del trabajo artesanal, pero no ocurre estrictamente lo mismo con el trabajo intelectual, aunque haya tenido que adecuarse a la lógica hegemónica de la acumulación capitalista.

De la misma manera, la Revolución Industrial y el desarrollo capitalista en sí suponen una acumulación originaria de capital, pero también de conocimiento. La primera revolución industrial (máquina herramienta) implicó la subsunción/apropiación de los conocimientos que estaban unidos al trabajador en el artesanado. Pero, a su vez, significó el comienzo de una articulación creciente de la producción con el conocimiento científico que se genera en el campo intelectual. A partir de allí, se produjo una revolución en la relación poder/conocimiento que abarca el ámbito de la ciencia, la técnica y la propia filosofía ya que introduce una nueva impronta de lo concreto que supone una vuelta de la mirada hacia el conocimiento práctico que aporta el trabajador, y con ello un lento pero constante acercamiento entre producción y ciencia (Bolaño; 2005: 51). Ese proceso de acercamiento es el que dará un salto cualitativo en el marco de la nueva estrategia de acumulación y el nuevo paradigma productivo⁸.

En su momento el taylorismo jugó un papel muy importante en el desarrollo y la expansión de la producción capitalista. Ese tipo de organización del trabajo supuso una nueva etapa de la extracción de conocimiento al trabajador que se tradujo en la escisión entre las tareas de ejecución y las de supervisión y planificación, constituyendo una capa de trabajadores vinculados al trabajo creativo, conceptual y burocrático. En la etapa actual, ese trabajo será objeto específico de reconfiguración. En términos de Antunes, la nueva fase del capital, “retransfiere el saber hacer hacia el trabajo, pero lo hace buscando apropiarse de su dimensión intelectual (...) procurando involucrar más fuerte e intensamente la subjetividad obrera” (Antunes: 122).

⁸ A diferencia de lo que Bolaño define como el inicio del paso de la subsunción formal a la subsunción real del trabajo intelectual (Bolaño; 2005: 53), creemos que el enfoque más adecuado supone hablar de un momento simultáneo de profundización y quiebre. Puesto que, por una parte, el proceso de subsunción real del trabajo intelectual, no comienza con esta reestructuración capitalista y tuvo un momento importante con el desarrollo de un tipo de trabajo cultural específico en el seno de las industrias culturales y las técnicas de reproductibilidad, por otra parte, estamos ante un momento de quiebre en la medida en que la incorporación de “las nuevas tecnologías de la inteligencia” modifican profundamente la relación entre trabajo intelectual y manual en el proceso productivo desarrollado en los marcos del modelo fordista-taylorista. Consideramos, asimismo, que este matiz no niega la posibilidad de apropiarnos de los aportes fundamentales del investigador brasileño sobre esta cuestión.

En definitiva, concibiendo a este proceso de reestructuración desde la óptica de una nueva revolución industrial, veremos que se diferencia de las anteriores en cuanto a que hay un nuevo impulso en el proceso de expansión del capital hacia la esfera social de producción de sentido y con ello la forma mercancía avanza sobre las zonas más íntimas de la vida (ocio, rituales familiares, etc.) (Bolaño; 2005: 53), e incluso volverá más difusa la frontera entre tiempo de trabajo y tiempo de ocio. Este proceso que marca una etapa diferente en la subsunción real del trabajo intelectual se caracteriza, entonces, por el papel fundamental que adquiere la cultura para el propio modo de producción y por la relación que el capital establece con las capas de trabajadores intelectuales, que ven más mermadas y condicionadas sus posibilidades creativas y su autonomía.

Particularidades de la relación capital-trabajo intelectual

Por empezar, la relación entre capital y trabajo intelectual seguirá siendo conflictiva y contradictoria, aún en los casos en los que las condiciones de producción de conocimiento están definidas por la lógica del capital tanto en las instancias de su gestación como de su aplicación (la investigación científica “por encargo”). Desde el punto de vista del capital el proceso de codificación del conocimiento, es decir su autonomización del sujeto (o sujetos) que lo produce y su plasmación en un soporte determinado, es fundamental. El proceso de subsunción del trabajo intelectual (o el avance de la subsunción real del trabajo en el capital) no se puede comprender sin las operaciones que posibilitan la circulación, el intercambio y el almacenamiento de ese conocimiento en tanto información más allá del control de sus productores, y por ende la conversión de esa información en mercancía. Esa necesidad de codificación a veces se plantea de manera tácita para aprovechar los resultados hacia adentro de las empresas evitando una circulación pública. En ambos casos, la instancia de la codificación hace que en última instancia el capital dependa de la intervención del trabajador intelectual para disponer del conocimiento. Así, el trabajo intelectual expresa sus particularidades y mantiene cierto nivel de autonomía.

Por otro lado, en el nuevo modelo productivo, la producción de valor (la valorización del capital) contiene un momento de elaboración intelectual que se torna cada vez más fundamental. Así la expropiación del conocimiento y su materialización en nuevos instrumentos, procesos de producción para la producción de bienes y servicios, ya no aparecerá -como en las otras etapas del desarrollo capitalista- como un momento de ruptura, sino como parte de las operaciones constantes y constitutivas.

Asimismo, vale la pena señalar junto con Antunes que esa tendencia al incremento de las actividades intelectuales en los procesos productivos, fruto de la creciente combinación entre conocimiento científico y trabajo, no es contradictoria con la consolidación de formas de trabajo precario, parcial y tercerizado. Del mismo modo, esa tendencia tampoco niega el incremento del trabajo manual en otros sectores de la producción, sobre todo en el Tercer Mundo. Antunes señala también que en parte esa tendencia a una mayor presencia del componente intelectual en el trabajo, responde a la tendencia del capital a buscar una preponderancia del trabajo muerto

sobre el trabajo vivo, factor que no se traduce en la desaparición de este último, sino que se manifiesta en la mayor interacción entre ambos y una mayor interacción entre trabajo material e inmaterial.

De este modo, Antunes se inscribe en la línea de reflexión que venimos desarrollando puesto que asegura que las nuevas formas que incorpora el proceso de producción responden a las nuevas exigencias de la ley del valor (Antunes; 109). Como ya vimos con Marx, la tendencia del capital en su necesidad de valorización constante, supone revolucionar permanentemente los medios de producción incorporando los avances tecnológicos que permitan obtener los mayores niveles de plusvalor en el menor tiempo posible, o sea tender a generar las condiciones para la obtención de la plusvalía relativa que depende de una mejor utilización e intensidad en la explotación de la fuerza de trabajo. Desde ese punto de vista hay una tendencia a disminuir el tiempo físico del trabajo manual directo y en el mismo sentido aumentar el trabajo muerto y reducir el trabajo vivo. Aunque las nuevas tecnologías permiten avanzar como nunca en esa tendencia a la objetivación del conocimiento del trabajador en máquinas capaces de realizar cada vez más tareas propias del ser humano (e incluso de la naturaleza) y aminorar el peso del capital variable en el proceso de producción de valores de cambio, no puede pensarse en que podrá prescindirse del trabajo vivo para la reproducción del capital. Por un lado, porque la ciencia y la técnica suponen ya un nivel de trabajo objetivado, por otro, su propio desarrollo, en última instancia, queda subordinado a los imperativos de la valorización del capital. En palabras de Antunes “la máquina inteligente no puede sustituir a los trabajadores”. “Al contrario, su introducción necesita del trabajo intelectual del obrero que, al interactuar con la máquina informatizada, termina transfiriendo parte de sus atributos intelectuales y cognitivos a la nueva máquina que resulta de ese proceso” (Antunes; 114). Al necesitar de instrumentos de producción que le permitan reducir el tiempo de trabajo vivo y aumentar la plusvalía relativa, el capital también requiere de un trabajo más calificado y multifuncional capaz de interactuar con los instrumentos más complejos, esto se traduce en la necesidad de explotar esa fuerza de trabajo de forma más intensiva y sofisticada. Asimismo, como parte de la misma reestructuración se tiende a disminuir el trabajo improductivo, tanto en los procesos industriales como en relación al trabajo cultural, cosa que retomaremos más adelante.

Así las cosas, como bien señala Antunes, no es que la ciencia se transforme en la principal fuerza productiva reemplazando al trabajo en la producción de valores. Sino que se profundiza la interacción entre trabajo y ciencia, entre trabajo material e inmaterial, proceso que a su vez hay que apuntar en términos de tendencia y no de estado actual predominante en todos los sectores productivos y mucho menos en los países menos industrializados.

Nos interesa aquí detenernos en esa mayor interacción entre trabajo material e inmaterial para hacer foco en una de las dimensiones más propias de la manera en que en el marco de la reestructuración capitalista se desarrolla un nuevo modelo productivo. En la base tenemos el despliegue de formas de trabajo con una dimensión cada vez mayor de trabajo intelectual. Pero, a su vez, el trabajo inmaterial se encuentra en la base de la nueva relación producción/consumo. Como el ideal del nuevo paradigma dice que el producto debe venderse antes de producirse, se

requerirá de una información cada vez más detallada de los comportamientos de los consumidores y de las competencias adecuadas para readecuar permanentemente la producción. Se vuelven centrales las tareas de investigación de mercado, seguimiento de otras empresas, adaptación de los instrumentos de software, el trabajo permanente sobre el diseño, etc. En otras palabras el trabajo inmaterial organiza y activa esa relación entre consumo y producción al operar sobre, y traducir, los gustos y las necesidades de los consumidores (Bolaño; 1995: 1-2). El trabajo inmaterial produce una mercancía cuyo valor de uso es esencialmente su contenido informativo y cultural. En la gran industria este trabajo inmaterial implica más flexibilidad, la resolución de situaciones y la elaboración de alternativas, lo cual significa que el trabajo asume una forma activa de subjetividad que sin embargo al estar regida y subordinada por los mecanismos de valoración del capital constituye una subjetividad reificada e inauténtica (Antunes; 119). Como plantea el propio Antunes estamos ante un trabajo intelectual que sigue estando en el plano del trabajo abstracto. Podemos considerarlo como gasto de capacidades intelectuales que no puede ir más allá que la producción de valores de uso subordinada a la condición de valor de cambio. En otro nivel, ese trabajo inmaterial del cual hablamos siempre está en interacción con el trabajo material que está aprisionado por el metabolismo más manifiesto del capital. Asimismo, ambos tipos de trabajo, por más que se incorpore una mayor participación de los trabajadores en proyectos, se hagan flexibles los horarios de trabajo, se incorporen incentivos grupales, etc. la subjetividad sigue estando extrañada respecto al producto del trabajo y la definición sobre para quién se produce. Pero además, hay que remarcar que como el capital requiere cada vez menos del trabajo estable, en un segmento muy importante de la población, que sufre el desempleo estructural, el extrañamiento como deshumanización será mucho más directo y crudo.

En síntesis, siguiendo esta dirección en el análisis, podemos decir que lo que se tiende a imponer, a partir de este nuevo impulso en la subsunción real del trabajo intelectual en el capital, es la simbolización de la producción en general_ (Zallo 1992: 12). Esto no puede ser comprendido si no lo enmarcamos en una nueva estrategia de acumulación que intenta superar la crisis de la estrategia anterior recostándose cada vez más en el consumo de los sectores sociales que tienen garantizado el poder de compra. Al centrarse en segmentos de la población acotados, el paradigma supone una mayor dependencia respecto de las innovaciones tecnológicas que vuelven obsoletos los productos con mayor rapidez y de los elementos simbólicos que garantizan un tipo de distinción social cada vez más compleja. De modo tal que la consecuencia no será sólo la conformación de una capa calificada de trabajadores intelectuales-flexibilizados, sino también de la constitución de sociedades que funcionan a dos velocidades cada vez más diferenciadas.

El otro factor que vale la pena remarcar, aunque un análisis más profundo exceda los propósitos de este trabajo es el proceso de *mercantilización e industrialización de la producción científica que se consolida en el marco de esta estrategia de acumulación desarrollada en las últimas décadas* (Zallo; 1992: 12, Pulleiro; 2009).

Los cambios en la producción cultural

Si partimos de la idea de que el capital necesita valorizarse constantemente lo que supone revolucionar los instrumentos de producción, pero también expandirse hacia nuevas esferas de lo social y nuevos espacios territoriales, una de las consecuencias lógicas de la etapa del capitalismo de masas o monopolista consistió en la industrialización de la producción simbólica o cultural y el desarrollo y consolidación de las industrias culturales “tradicionales”. Fenómeno que responde a las necesidades de valorización pero también a la necesidad de reconfigurar los mecanismos políticos para ejercer la hegemonía, porque más allá del escenario histórico y de las necesidades específicas, las industrias culturales “valorizan y acumulan capital, al mismo tiempo que construyen los elementos de la articulación social” (Zallo; 1992: 13).

En este apartado daremos cuenta de cómo se expresa el proceso más general de subsunción creciente del trabajo intelectual en el capital, propio del proceso de reestructuración capitalista que venimos describiendo, respecto de la producción cultural específicamente capitalista, o sea en el ámbito de las industrias culturales. En este sentido, partimos de la idea de que el trabajo cultural se presenta como una forma específica del trabajo intelectual, cuya presencia –tal como venimos señalando- se incrementa en los procesos productivos en general. Más concretamente, a continuación analizaremos las transformaciones más significativas que las nuevas condiciones de producción le imponen a los procesos de producción y distribución de ese tipo de mercancías caracterizadas por sus contenidos específicamente simbólicos, que son concebidas por un trabajo creativo y destinadas a los mercados de consumo cultural y que, por lo tanto, seguirán manteniendo un grado de especificidad propio aunque sea puesto cada vez más en cuestión por el avance de las nuevas formas de organizar el trabajo cultural en el marco de la nueva estrategia de acumulación del capital (Zallo; 1992: 9).

a) Concentración transnacional y producción para un mercado global

Si bien, desde su configuración las industrias culturales tuvieron un alto componente de internacionalización, como parte del proceso más general de reestructuración capitalista, el terreno de las industrias culturales sufrió en las últimas dos décadas un proceso de concentración y centralización de capitales, fruto del proceso de desregulación y privatización generalizado sobre todo en el Tercer Mundo y la Europa del Este y la transferencia de capitales originados en otras actividades, que se vio potenciado por el desarrollo de las redes globales y las fusiones y alianzas entre gigantes transnacionales para aprovechar mejor las inversiones y complementar actividades. Este proceso de concentración, centralización y transnacionalización del capital, combinado con la producción y el intercambio tecnológico a nivel global generará una mayor inestabilidad en los procesos de trabajo. En ese marco, surgirá una fuerza de trabajo altamente calificada, es decir una fuerza de elite, que puede rotar de un lugar del mundo a otro llevando determinados conocimientos (Bolaño; 1995: 2).

No obstante, Zallo señala con agudeza que esa tendencia a la concentración transnacional es desigual, dependiendo de las industrias y países. En este sentido, las transnacionales no pueden omitir las particularidades culturales teniendo que adaptar en muchos casos sus productos, cosa que sucede –aunque cada vez menos- con la publicidad y también con revistas (un ejemplo puede ser la Rolling Stone pero también podemos nombrar otras revistas femeninas). Depende de cada sector porque también entra en juego el tipo de regulación estatal. A lo que hay que sumarle el papel que siguen jugando en algunas industrias, sobre todo de edición discontinua, las pequeñas empresas de producción artesanal (Zallo; 1992: 16-17).

Al respecto, debemos indicar que con la expansión de internet en los últimos años, incluso en países del tercer mundo –por lo menos en el caso de sus grandes ciudades- la rotación de fuerza de trabajo altamente calificada es un fenómeno no tan extendido si se lo compara con la expansión que ha tenido la realización dispersa y fragmentaria de tareas menos calificadas que se llevan a cabo en distintos puntos del mundo aprovechando los menores costos laborales. No es difícil encontrar editores de textos, correctores, diseñadores y demás trabajadores que realizan su tarea para medios o industrias a las que nunca acceden físicamente o ni siquiera llegan a tener nunca entre sus manos.

b) Mayor estratificación y más precariedad

La generalización de la educación básica y la masificación de la enseñanza media y superior, incluso la universitaria, -tendencia que se consolida desde la salida de la Segunda Guerra Mundial en los países ricos y también en América latina- ha creado una importante masa de “creadores potenciales” que aumentan la cantidad de trabajadores en condiciones de asumir tareas creativas (Zallo; 1992: 15). Este hecho, sumado a las transformaciones más generales que venimos repasando en el terreno de la producción cultural, provocará una creciente estratificación entre los trabajadores de las industrias culturales: habrá pocos estables y muchos precarizados. Más puntualmente, existe un sector minoritario que gestiona empresarialmente sus derechos intelectuales, un sector intermedio que goza de la estabilidad que le provee la condición de asalariados o el acceso regular a empresas programadoras o editoras, y una gran mayoría de artistas, periodistas, actores, escritores, etc. con trabajo precario (Zallo; 1992: 15). Tal precarización también responde al proceso de re-regulación que han encabezado los Estados en su tránsito hacia reformas neoliberales y que ha supuesto el avance del capital sobre esferas vinculadas a la comunicación y la cultura y a su vez, un proceso más vasto de deconstrucción de conquistas sociales vinculadas con los derechos laborales de los trabajadores.

c) Mayor segmentación

Como venimos señalando, uno de los factores que está en la base de la reestructuración capitalista, concebida como nueva estrategia de acumulación, hace a los límites que mostró, para la valorización del capital el paradigma basado en el consumo de masas y en el servicio público. De esta forma, lo que es leído como “saturación de los mercados de bienes básicos” volvió necesarias nuevas estrategias basadas en la segmentación de la demanda y, consecuentemente, en la segmentación de la oferta. Concretamente, en el plano de los consumos culturales, el fordismo y la cultura de masas alcanzaron sus límites: la nueva tarea será maximizar la audiencia global, pero sobre todo alcanzar públicos específicos (Herscovici: 57).

De manera tal que, así como ocurre en otros sectores de la producción, en la industria cultural avanza la modalidad a partir de la cual colectivos reducidos de trabajadores con alta calificación producen para segmentos específicos de la población productos cada vez más diferenciados. Así, aquí también se registra la tendencia a la reducción de empleos que se observa en otros sectores (Bolaño; 2005: 46). El surgimiento y evolución de la televisión segmentada de pago es paradigmática en este sentido, pero sin dudas la posibilidad de segmentar la oferta en función de una demanda cada vez más específica llega a niveles nunca vistos con el desarrollo de internet.

d) Reorganización en los procesos de trabajo

La década del '90 implicó la consolidación de la aplicación de la informática en los procesos productivos al interior de las distintas ramas de la industria cultural. Esto significó la consolidación de los criterios organizativos de la producción flexible, reorganizando las relaciones laborales y entre empresas en función de la creciente incertidumbre y fragmentación. Así se entrelazaron procesos productivos antes separados –gracias al desarrollo de las nuevas tecnologías- y las empresas comenzaron a especializarse en determinada producción, sin importar para qué mercado u empresa. Junto con esto se profundizó la fragmentación del proceso productivo, haciendo que muchos oficios desaparezcan o se mecanicen aún más y que emerjan empresas pequeñas que producen para las más grandes determinado tipo de productos (las productoras de tv que se especializan en espectáculos o en programas periodísticos, son un ejemplo) y proliferen los trabajadores autónomos, que lejos de tener un mayor control sobre el proceso productivo se encargan de segmentos particulares del producto final con tiempos de trabajo que, aunque más flexibilizado, no manejan (Azpillaga; Miguel; Zallo; 1999: 66).

e) Condiciones técnicas

Más arriba nos referimos al papel que la asalarización jugó, sobre todo en el desarrollo anterior de las industrias de emisión y edición continua, respecto del trabajo creativo al imponerle ciertas pautas de organización que organizan la actividad. Lo mismo con la tendencia a la serialidad, propia de un tipo de industria que se caracteriza por tener mayores niveles de aleatoriedad. No

obstante, en el marco de la reorganización que venimos describiendo habrá que prestarle atención a otros factores que avanzan sobre las condiciones que hacen del trabajo intelectual un trabajo no totalmente subordinable. Tal es el caso de la incorporación creciente y constante de instrumentos técnicos que reducen el margen de incertidumbre y profundizan la tendencia a la estandarización. Hablamos del registro digital de voces, el almacenamiento de imágenes, la digitalización de la actividad periodística, etc. En este punto, habrá que agregar la multiplicidad de actividades que recaen en un mismo trabajador, a partir del desarrollo de tecnologías que agilizan y vuelven más simples determinadas tareas y del debilitamiento de las organizaciones sindicales (Azpillaga; Miguel; Zallo; 1999: 68). El caso tal vez más paradigmático lo aporte la digitalización de las redacciones de los diarios y la utilización una misma nota para la publicación en distintos formatos, con su correspondiente carácter multimedia.

Consideraciones finales

La necesidad del capital de realizarse permanentemente valorizándose a partir de la explotación del trabajo hace que podemos hablar de una tendencia al “capitalismo total”, cuya realización, está en las condiciones actuales, mucho más próxima que en otras etapas del desarrollo capitalista. Y ello no responde meramente a la evolución científico técnica, sino fundamentalmente a la correlación de fuerzas que se fue estableciendo entre las clases sociales a escala global.

Hasta aquí hemos tratado de enfocar los principales problemas que hacen al trabajo intelectual en las sociedades capitalistas, y más específicamente hemos tratado de analizar aquellos que se vienen delineando como parte del proceso de reestructuración que trajo aparejada la nueva estrategia de acumulación que las clases dominantes. En este punto, ratificamos nuestra idea básica del capitalismo como un orden social, donde el tipo de trabajo que prima es un trabajo alienado y abstracto, en tanto que es productor de valores de uso que se producen en a medida en que se considere que existen condiciones para su realización en el intercambio. En ese marco, no es posible concebir qué es lo que ocurre con el trabajo intelectual si no se parte de la base de que el capital tiende a incorporar todas las actividades sociales –incluyendo las de producción de conocimiento y el conocimiento práctico de los trabajadores- para lograr una plusvalía mayor en función de una explotación cada vez más intensa y cualitativamente más diversificada de la fuerza de trabajo. Como pudimos ver, la relación entre capital-trabajo intelectual no es lineal. Por un lado, en la producción material, históricamente el capitalismo irrumpió separando el trabajo manual del intelectual hasta llevarlo a su extremo en el taylorismo. Por otra parte, aun desde la primera revolución industrial, en virtud de su necesidad de valorización constante el capital debe revolucionar permanentemente sus medios de producción, por lo cual tenderá a subordinar al trabajo científico (intelectual) para mejorar la productividad y a volver productivo la mayor cantidad de trabajo improductivo. Es desde esa perspectiva (además de las necesidades político-ideológicas de la etapa), que tratamos de interpretar el proceso de industrialización de la cultura,

que se consolida hacia mediados del siglo XX. En esa línea, tal como señalamos en su momento, con la reestructuración que sigue a la aplicación de la nueva estrategia de acumulación desplegada por la gran burguesía para salir de la crisis del capitalismo monopolista o de masas, podemos hablar de una profundización y de un salto cualitativo a la vez. A partir del desarrollo de las nuevas TICS, y de la implementación de un nuevo paradigma productivo donde el consumo influye directamente en la producción, el capital avanzará en la subsunción real del trabajo intelectual, incorporando sin mediaciones muchas tareas propiamente intelectuales a la producción (aumentando la interacción entre trabajo intelectual altamente calificado y manual), revolucionando la producción misma con la incorporación de las nuevas TICS y las Biotecnologías – a las que concebimos en general como trabajo objetivado, y viendo en estas últimas al paradigma del modelo biotecnológico de producción que se viene consolidando en la última década y que supone a su vez un nuevo impulso en la subsunción del trabajo intelectual-, y transformando también las condiciones del trabajo intelectual en las industrias culturales.

El contexto descrito nos habla por un lado de la agudización de la contradicción entre la socialización de la producción y la apropiación privada cada vez más concentrada, sin embargo no debemos perder de vista que las transformaciones señaladas no se pueden comprender sin dar cuenta del debilitamiento de las organizaciones de los trabajadores (que en el caso de nuestros países, implicó el ejercicio del Terrorismo de Estado) y de un proceso de disciplinamiento de la clase trabajadora que incluyó el avance sobre conquistas históricas. Asimismo, habrá que hacer hincapié en que la tendencia a la subsunción real del trabajo intelectual en el capital, en estas condiciones, potencia la fragmentación y la desigualdad entre los mismos trabajadores y no supone de por sí mejores condiciones laborales ni de realización. En la misma línea, la tendencia indica que la mayoría de los trabajadores siguen desempeñándose en condiciones que repercuten negativamente en su estado físico y psíquico y atrofian parte de sus facultades mentales, a lo que hay que sumar, que en la medida en que se confirma la vigencia de la ley de acumulación capitalista, la incorporación de los adelantos científico técnicos en los procesos productivos seguirá arrojando más o menos cíclicamente a grandes masas de la población a la desocupación y la miseria. En ese orden, sería una inconsistencia teórica y un grave error político pensar que la nueva “aristocracia” obrera que se forma al calor de la reestructuración del proceso productivo está superando la alienación propia de un sistema donde sigue primando el trabajo abstracto y un tipo de producción que no se basa en las necesidades colectivas sino en las tendencias que marca el comportamiento de segmentos minoritarios.

Así las cosas, la apuesta por desarrollar la organización autónoma de los trabajadores, que de cuenta en este caso de este nuevo carácter de estratificación y desigualdad intrínseca, sigue siendo fundamental, no sólo para condicionar el avance de la lógica del capital, sino para generar las condiciones del desarrollo del sujeto político capaz de prefigurar y concretar la superación del sistema.

Finalmente, coincidimos con lo que plantean diversos autores que señalan que, a partir del carácter contradictorio del capitalismo –y de su producción cultural en particular-, no hay que

perder de vista la necesidad de aprovechar las oportunidades que brinda el desarrollo científico técnico a nivel de las comunicaciones para generar desde ellas mismas usos alternativos y potenciar su dimensión democratizadora. Lo mismo diremos de la necesidad de incluir en las organizaciones de los trabajadores a aquellos que desempeñan tareas intelectuales y que no puede desarrollar todo su potencial creativo en los marcos de la producción mercantil, y de la necesidad de que éstas articulen con el espacio de las pequeñas empresas de la cultura y los productores autónomos que conjuntamente pueden constituir la base para una esfera pública alternativa basada en usos, circuitos y contenidos que desnaturalicen y cuestionen a los intereses del capital.

BIBLIOGRAFÍA

Antunes, Ricardo (2005); *Los sentidos del trabajo*, Herramienta Ediciones, Buenos Aires.

Azpillaga, Patxi; Miguel, Juan Carlos; Zallo, Ramón (1999) "Las industrias culturales en la economía informacional. Evolución de sus formas de trabajo y valorización", en Bolaño, César; Mastrini, Guillermo; (Comps.); *Globalización y monopolios en la comunicación en América Latina*, Buenos Aires, Biblos.

Bauman, Zygmunt (2005); *Legisladores e intérpretes*, Buenos Aires, UNQui.

Bolaño, César (1995); "Economía política, globalización y comunicación", *Nueva Sociedad* N° 140.

Bolaño, César (1999); "La problemática de la convergencia informática-telecomunicaciones-audiovisual: un abordaje marxista", en Bolaño, César; Mastrini, Guillermo; (Comps.); *Globalización y monopolios en la comunicación en América Latina*, Buenos Aires, Biblos.

Bolaño, César (2005); "Economía política y conocimiento en la actual reestructuración productiva" en Bolaño, César, Mastrini, Guillermo; Sierra, Francisco (Comps.); *Economía política, comunicación y conocimiento*, Buenos Aires, La crujía.

Bonnet, Alberto (2008); *La hegemonía menemista. El neoconservadurismo en Argentina, 1989-2001*, Buenos Aires, Prometeo.

Bourdieu, Pierre (2002); "Campo intelectual y proyecto creador", *Campo de poder, campo intelectual*, Buenos Aires, Montessoro.

Elías, Antonio (2007); "Ante la expansión capitalista y la retórica progresista: una agenda de cambio institucional", en Gambina, Julio; Estay, Jaime (Comps.); *¿Hacia dónde va el sistema mundial?*, Buenos Aires, Fisyp.

Campione, Daniel; Gambina, Julio (2002); *Los años de Menem. Cirugía mayor*, Buenos Aires, Centro Cultural de la Cooperación.

Garnham, Nicholas (1985); "Contribución a una economía política de la comunicación de masas", en Moragas, Miquel de (ed.), *Sociología de la comunicación de masas*, Barcelona, G. Gili.

Herscovici, Alain (1999); "Globalización, sistema de redes y estructuración del espacio: un análisis económico", en Bolaño, César; Mastrini, Guillermo; (Comps.); *Globalización y monopolios en la comunicación en América Latina*, Buenos Aires, Biblos.

Marx, Karl (1985); Capítulo VI Inédito *El Capital*, México, Siglo XXI.

Marx, Karl (2000); *El Capital*, Libro I, Tomo I, Madrid, Akal.

Marx, Karl (2006); *Manuscritos económico-filosóficos de 1844*, Buenos Aires, Coligüe.

Marx, Karl (2008); *Introducción a la crítica de la economía política (1857)*, Buenos Aires, Luxemburg.

Mattelart, Armand; Piemme, Jean-Marie (1981); *La televisión alternativa*, Barcelona, Anagrama.

Pulleiro, Adrián (2009); "Universidad y mercantilización. Una mirada a las condiciones de producción de conocimiento en América latina", *Periferias* N° 18, Buenos Aires, Fisyp (en prensa).

Singer, Paul (1978); *Curso de introducción a la economía política*, México, Siglo XXI.

Williams, Raymond (2003); *Palabras clave*, Buenos Aires, Nueva Visión.

Zallo, Ramón (1988); *Economía de la comunicación y la cultura*, Madrid, Akal.

Zallo, Ramón (1992); *El mercado de la cultura*, España, Hirugarren Prentsa.